

Lolita Bosch

LA RABIA

Círculo de Lectores

El de Billy fue un caso extraño. Billy cogió una escopeta, grabó un vídeo, lo colgó en youtube y avisó que quería matarlos a todos. Yo no. Yo traté de esconderme.

O, víctima del bullying. 16 años

I

Me llamo Lolita Bosch, escribo, hago periodismo, investigación y activismo por la paz, me gusta vivir la vida como la vivo, y soy madre. Tengo 45 años. Pero nunca, hasta ahora, me había atrevido a decir públicamente que de los 14 a los 17 años fui víctima del bullying. O debería decir que yo, también, de los 14 a los 17, fui víctima del bullying. Y que he tenido que ir a buscar a otras víctimas, después de casi treinta años, para atreverme a hablar de mí. Y he encontrado muchos, muchas. Están en todas partes. Se calcula que un seis por ciento de los alumnos menores de edad lo sufren de manera extrema. Y que otro porcentaje mucho más elevado lo sufre de manera grave, peligrosa y casi siempre en silencio. Porque aunque nos cueste creerlo, hay cientos de maestros, directores y monitores de muchísimas escuelas que no hacen nada, no dicen nada y no protegen a las víctimas. Como quien dice, ni se las miran.

Hoy. Y hoy hace casi treinta años, cuando la víctima fui yo. Que ahora estoy en uno de los encuentros que he organizado con adolescentes de diferentes escuelas y pueblos de todo el territorio nacional. Estos días hablo con muchos jóvenes que hacen el

esfuerzo de explicarme cómo están viviendo todo lo que les pasa. Y lo hago ahora, con un poco de culpa y un poco de tristeza, porque nunca antes me había atrevido a reunirlos, escucharlos, preguntarles cómo están y qué necesitan. Nunca antes me había atrevido a verme a mí misma reflejada con tanta precisión. Nunca hubiera querido ser ellos, ellas. Nunca hubiera querido ser yo a su edad.

El grupo con el que hablo esta tarde tienen de 12 a 14 años, y cuando el padre de una de las chicas la viene a recoger, le dice, delante de todos nosotros:

—¡Imagínate, Lolita! Se pone el cabello así y se tapa la cara. Y luego se queja de lo que le pasa... ¿Qué quieres que le pase si va con estas pintas por la calle?

Y M, un niño de 14 años, con convicción, cabeza agachada, sin fijar los ojos en nadie, casi como si tuviera el instinto inmediato y refinadísimo de defenderla, responde:

—Probablemente lo hace para esconderse de todos y de todo.

A lo que el padre contesta:

—Eso es lo que yo le digo: ¡que no se esconda más, coño!

«Por una vez que nos atrevemos a hablar de nosotros con una adulta que nos escucha y a la que le interesa», protesta en voz baja P, una de las adolescentes del grupo. La chica que ahora se va un poco avergonzada de la actitud de su padre es A y hace unos días se quedó encerrada en una caseta del huerto del patio de su escuela y nadie la ayudó a salir a pesar de que la escucharon gritar, llorar, pedir soco-

rro, decir que tenía miedo, que padecía claustrofobia, que tenía miedo, que tenía miedo, que tenía miedo, que le dolían las piernas de dar tantas patadas, que tenía miedo, que quería salir, que ya no podía hundirse más. Ni un poquito más. Que veía el abismo. Pero afuera de la caseta los demás alumnos y alumnas hacían como si nada de todo aquello fuera importante e incluso la insultaban (gorda, marginada, fea, loca, por qué no te suicidas, no te queremos aquí) y se reían (¡Ay sí, tengo miedo de morir ahogada! Sacadme de aquí, por favor. ¡Auxilio! Mamá... Mamá...), hasta que terminó el recreo o se aburrieron de lo que más tarde llamaron el espectáculo de A y se fueron a hacer otras cosas como jugar al fútbol, hablar, sentarse a desayunar... cosas así, aparentemente inocentes, cotidianas. Y no fue hasta que el padre de A fue a recogerla a la hora de comer, que al ver que no salía de la escuela comenzó a buscarla con desesperación, averiguó qué había sucedido y llamó una ambulancia porque cuando abrió la caseta del huerto A no dejó que se le acercara. Se reclinaba como un caracol y apenas podía respirar. El cuerpo le temblaba como si le fuera solo y no quería, de ninguna manera, que en aquel mundo roto y suyo entrara nada ni nadie.

Al llegar la ambulancia, el conductor regañó a la jefa de estudios del centro:

—¿Por qué no le ha abierto la puerta?

A lo que ella respondió:

—¡Deberías haberla visto! Estaba histérica. No hubiera servido de nada y no sabíamos cómo podía reaccionar. Vosotros tampoco se la hubierais abier-

to. ¡¿No veis cómo se ha puesto por una bromita de nada?!

Una bromita de nada, eso dijo la jefa de estudios.

Cuando A apenas tenía 13 años.

Que todavía los tiene.

Así que mañana por la mañana, cuando se levante, tendrá que hacerse con un corazón fuerte y regresar a clase. Sola. Al día siguiente de *una bromita de nada*. Al día siguiente de *el espectáculo de A*. No importa que siga temblando. Nadie parece reconocer, en su cuerpo, el terror.

Cuanto más se humilla a una persona,
ella más daño se deja hacer.

C. Víctima del bullying. 17 años

La rabia es un volcán pequeño. Un trampolín desde donde no se ve el agua, una cola de gente detrás de ti que se parecen demasiado entre ellos y te gritan todos a la vez: «¡Salta! ¡Salta! ¡Salta!». La rabia es un diablo desbocado dentro de tu cuerpo. Una piedra que se parece mucho al odio.

Pero odiar no exactamente es así. Odiar es apartarse de todo.

Odiar es irse. Alejarse. Huir. Perder.

Sentir rabia, en cambio, es sentirse vencido. Es mirar las cosas desde una puerta muy pequeña y muy alta que da a un mundo inmenso que está muy abajo y donde casi todo parece permanecer a oscuras. Un mundo al que no sabes por qué pero quieres

volver a entrar. Hacerlo tuyo. Quizá para encontrar en él su única puerta de salida.

La rabia es una forma extraña de esperanza.

Aunque Tú, desde donde estás, apenas puedes reconocerte en ella.

La rabia es el fuego.

La rabia es este aleteo de pájaro moribundo que late exactamente en el centro de todo lo que ahora sientes y lo que ahora te hierve. Es esta fuerza. Este dolor. Este ruido ensordecedor y punzante que no te permite entender casi nada.

La rabia es clavar algo diminuto en el centro de un estómago abierto con un hierro que cruje, rojo, ardiente, encendido.

La rabia es fuego.

Un sentimiento poderoso y radical que te mantiene todo el tiempo alerta. Así:

Quise ser fuerte, fuerte, para nunca sentir la necesidad de escribir esto:

Me llamo Lolita Bosch, escribo, hago periodismo, investigación y activismo por la paz, me gusta vivir la vida como la vivo, y soy madre. Tengo 45 años. Pero nunca, hasta ahora, me había atrevido a decir públicamente que de los 14 a los 17 años fui víctima del bullying. O debería decir que yo, también, de los 14 a los 17, fui víctima del bullying. Y que uno de los recuerdos más marcados que tengo de aquellos años es de cuando hacía apenas unos meses que había llegado a una nueva escuela y una nueva ciudad y se acercaba el día de los enamorados, aunque yo tratara de no pensar demasiado en ello porque me parecía una celebración absurda y simple que no tenía nada que ver conmigo. En mi pueblo no recordábamos nunca estas fechas fútiles. Las encontrábamos comerciales, extrañas, impostadas. Y nosotros celebrábamos el amor de otra manera. Pero este año, en esta nueva escuela, seguro que se dirían los unos a los otros que

había llegado San Valentín y que tenían que hacer algo.

Que a ellos sí les importaba.

Porque en las ciudades las cosas son diferentes.

Hay carteles en las tiendas porque nadie recuerda los nombres de las personas que trabajan en ellas y la gente habla de sí misma con los demás como si nada tuviera ninguna repercusión. Entre todos hacen cosas grandes allí donde sólo había habido cosas pequeñas. En la ciudad la gente celebra cosas que en realidad no están ocurriendo. No importa si son capitales o ciudades de provincia. En esto, se parecen mucho. Y yo ya llevaba suficientes meses viviendo ahí como para haberlo entendido. Por eso estuve días y días inventando formas de pasar inadvertida el absurdo día de los enamorados que se acercaba imposible: porque en la ciudad las cosas no eran como yo las conocía y tendría que convertirme en otra persona si debía quedarme allá para seguir en la escuela. Tendría que ser alguien más.

Dejar de ser yo.

Y eso fue lo que pensé:

Forma De Pasar Inadvertida Número 1: Hacer ver que estaba muy, muy enferma. Comenzar a toser un poco desde un par de días antes, dejar el postre en la cena del 13 e ir a la cocina la mañana del 14 de febrero a pedir que alguien me calentara un vaso de leche sin haberme peinado ni lavado la cara. Parecer enturbada, confundida, atacada por una pasa de gripe de invierno. Tal vez, incluso, decir que tenía

dolor de estómago y que había pasado muy, muy mala noche.

Aunque no me vi capaz. En casa ya sabían que no quería ir a la escuela nueva y que trataba de evitarlo como fuese. Para ellos también era muy difícil convencerme de que fuera y estaban alerta porque sabían mejor que yo que apenas había cumplido 14 años y tenía que ir, aprobar, pasar de un curso a otro, salir de allí, acabar aquel estúpido programa especializado en humanidades que no tenía equivalencia con ningún otro programa oficial y alejarme sin volver a mirar atrás nunca, nunca más. Por ley, a los 14 años, tenía que estar escolarizada. Y por ley, ese estúpido programa no tenía equivalencia con ningún otro programa de todo el país. Además, en casa hacían muchos esfuerzos para pagarme *nuestra escuela de prestigio* a la que iba y yo no les quería fallar.

Forma De Pasar Inadvertida Número 2: Hacer pellas, no ir a clase, esperar a que pasara lentamente el día en el bar que había enfrente de la escuela. Así quizá no tendría la sensación de haber huido del todo. Y observaría cómo se comportaba la gente en la calle cuando los adolescentes no estamos ahí. Quizás incluso pediría un café con leche y fingiría que me gustaba, que ya era mayor, que me tenían que tratar como a una adulta, que sabría hacerme cargo, que no estaba haciendo nada incívico ni irresponsable y que era una persona madura en quien se podía confiar.

Aunque si hacía algo así los profesores no tardarían ni un minuto en llamar a mi casa. De hecho, esperaban con cierta expectación mal disimulada cualquier excusa para molestarme, encontrar maneras de intervenir, quejarse de mí. Expulsarme unos días y volver a quedarse la escuela para ellos solos. Recuperar su reino, su vida de siempre. Sin interferencias de los recién llegados que no son como ellos y a los que ellos detestan.

Y, por supuesto, no tenía ninguna intención de complacerlos.

Si me querían expulsar unos días, se lo pondría difícil. Porque si todo se solucionara yéndome y ya, haría tiempo que me hubiera ido. Pero el programa piloto de humanidades en el que estaba inscrita no se podía abandonar durante cuatro años, y una vez entrabas lo tenías que terminar sí o sí. Al principio me pareció casi extraño que me sucediera algo así, que me hubiera tocado un programa como ese. Y no dejaba de pensar en ello... como si estuviese predestinada a estar allí, a vivir aquello y quizás a aprender a protegerme para la vida que tenía que venir y que aún no tenía ni idea de cómo podría ser. Pero en la escuela nos decían que no. Que no tenía nada de casual que *aquel* programa se hiciera en *aquella* escuela. Que *la nuestra es una escuela de prestigio*, que nosotros éramos el futuro, que estábamos probando un sistema que si funcionaba lo instaurarían en todo el país, y que éramos los pioneros, los elegidos. Lo cual, simplemente, quería decir que mi nueva escuela contaba con los recursos económicos suficientes para implementar ese programa al

que habían entrado todos los alumnos que podían permitírselo y habían estudiado juntos desde pequeños en ese mismo centro, y algunos más, pocos, por méritos escolares. Así que dejé de preguntarme por aquella absurda coincidencia y me empecé a preocupar por otras cosas. Como asumir que yo era una de las veinticinco o treinta personas que tendría que, sí o sí, atravesar aquel extraordinario programa piloto. Jódete, Tú.

Forma De Pasar Inadvertida Número 3: Decir que había tenido un accidente en moto. Para mi familia sería una debacle, lo sabía. Una idea pésima que haría sufrir más a mis padres. En casa no había dinero para el autobús escolar y mis tíos me habían prestado una moto destartalada para ir a clase. De hecho, aquella era la parte más divertida del día: salir por el camino de terracería que había delante de mi casa y deslizarme por las calles como si fuera yo, y no la moto, quien pudiera coger tanta velocidad, ser propietaria del tiempo y del espacio.

Decidir.

Pero tenía que vigilar mucho (me lo decían siempre: ten cuidado, ten cuidado) porque si la moto se averiaba, sería complicado llegar a clase cada mañana. Mis padres trabajaban todo el día, mi hermana podía ir a pie al colegio de primaria y mi hermano podía ir a pie al instituto. Pero no había nadie que pudiera llevarme a mí cada mañana y recogerme por las tardes, porque yo estudiaba en una ciudad al lado del pueblo donde vivíamos y el transporte pú-

blico tenía una combinación pésima. Por eso pensé que si iba a fingir que me había caído de la moto, tenía que hacerlo con todo el cuidado del mundo; o que quizá bastaría con ensuciarla con un poco de barro, llegar cojeando a clase y esperar a que, por una sola vez, se compadecieran de mí y me mandaran a casa y mi madre me dejara pasar el día de San Valentín tumbada en el sofá, leyendo.

Lo sé, lo sé. Lo sé ahora y lo supe entonces. Era excesivo. Un plan mezquino basado en el chantaje que ni siquiera me atreví a terminar de elaborar. Entre otras cosas, porque estaba condenado al fracaso. No quería hacerle ningún daño a la moto y no quería la compasión de los profesores de la escuela. No quería deber nada de nada a nadie.

¿Pobrecita Tú?

No, gracias.

Así que elegí la forma de pasar inadvertida Número 4:

Forma De Pasar Inadvertida Número 4: No usar ninguna ropa especial, no hacerme ningún peinado que llamara la atención, no pendientes que brillaran, no collares de ningún tipo que se hicieran notar ni pulseras que emitieran un evocador clinc clinc al chocar la una con la otra. Jeans, suéter azul marino, zapatillas oscuras de deporte, cola de caballo, mochila sin pegatina ni pin ni chapa ni ninguna cinta de color que se pudiera ver a distancia. Una estudiante neutral. Nada que destacar, nada que re-

cordar. Una nadie que entra y sale de clase un día de los enamorados que no celebra. Tú y basta.

Como si, en el fondo, en el fondo, no estuviera.

Y toda yo, toda yo, no estaba.

Eso haría. Porque no pude pensar en otra manera de conseguir que no se fijaran en mí por San Valentín. Los días especiales todo era más grande y yo era, más que nunca, el blanco de mis compañeros y compañeras de clase. Aunque durante las primeras dos horas de la mañana del 14 de febrero tuve la extraña y silenciosa sensación de haberme librado, e incluso me relajé un poco y pensé que tal vez tendría suerte y que en la nueva escuela aquella absurda celebración no se convertiría en *Un nuevo motivo para poner a Tú en evidencia*. Casi pensé que me libraba... Casi... hasta que a media mañana, después del patio, Eu llegó unos minutos tarde a la hora de estudio, miró con inocencia hacia el suelo para disculparse con el profesor por entrar en el aula cuando ya estábamos todos sentados y trabajando, le dijo que había tenido que salir a la calle a comprar algo que necesitaba con urgencia y el profesor hizo un movimiento de cabeza que significaba que no había ninguna razón por la que preocuparse, que él era un buen alumno, que lo apreciaban, que nadie tenía nada que reprocharle, que conocía a sus padres desde hacía muchos años, a sus hermanos y a sus tíos, que aquello era una familia de la que él formaba parte y que aquí nunca debía sentirse en riesgo. Que no tenía que sufrir por nada. Que no había ningún peligro. Que aquella era su casa.

Y entonces Eu decidió jugarse toda aquella seguridad para reírse de mí.

O no, ni siquiera para reírse de mí.

Eu decidió jugarse toda aquella seguridad para que Mo lo considerara un joven valiente y atrevido. Un chico popular (que es una palabra que yo odio y todas las víctimas de bullying con las que hablaré años después también odiarán), un adolescente gracioso y ocurrente que después de volver a bajar la mirada como si diera humildemente las gracias al profesor, la levantó con falsa ingenuidad, sonrió para advertir al resto de los alumnos que estaba a punto de hacer algo grande y no se dirigió en silencio hacia su sitio como se hubiera esperado de un momento como aquel, sino que subió de un salto a la tarima de madera de delante de la pizarra y exclamó delante de toda la clase, como un bufón medieval que tiene que ser gracioso si no quiere que le corten la cabeza:

—¡Feliz día de los enamorados, Tú!

Y de detrás de la espalda, como si fuera un ramo de rosas inmenso, sacó una lechuga marchita, la levantó con ambas manos e hizo una ridícula reverencia.

Me hizo una ridícula reverencia a mí: jeans, suéter azul marino, zapatillas oscuras de deporte, cola de caballo, mochila sin pegatina ni pin ni chapa ni ninguna cinta de color que se pudiera ver a distancia. Una estudiante neutral. Nada que destacar, nada que recordar. Una nadie que entra y sale de clase un día de los enamorados que no celebra. Tú y basta.

Como si no estuviera.

Y toda yo, toda yo, no estaba.

Hasta que Eu me hizo una reverencia con una tonta lechuga marchita entre las manos y después de un instante insoportable de insoportable silencio, toda la clase lo miró a él y luego me miró a mí y yo tuve la sensación de haberme convertido en una piedra, absolutamente inmóvil, paralizada. Seca. No pensaba en la mejor manera de desaparecer. Qué decir. No pensaba que Dani y Ana aquella vez se habían librado y me había tocado a mí. Sólo escuché que Mo estalló en una carcajada estridente y toda la clase se rio con ella. Porque la clase siempre se reía cuando Mo se reía. Todo el mundo quería caerle bien. Era la envidia y el ejemplo de muchos alumnos y alumnas. No sé por qué, pero tenía este tipo de personalidad ofensiva y despiadada que hace que todo el mundo le tenga miedo. O una forma terriblemente extraña de respeto. Como si los asustara la idea de ser observados por Mo, ser juzgados por Mo, que Mo escribiera sus nombres en una oscura lista negra y los pusiera en el punto de mira. Porque Mo podía convertir a quien quisiera en *el nuevo juguete de la clase*. Lo había demostrado. Es lo que nos había hecho a Ana, a Dani y a mí.

Por eso todos se rieron.

Sobre todo, para protegerse. O porque eran jóvenes y tal vez no supieron reaccionar. O porque en verdad les hacía gracia ser testigos y no víctimas. O por costumbre... Y entonces el profesor, el absorto, despreocupado e inconscientísimo profesor, hizo como si todo aquello no tuviera ninguna importancia y dijo:

—Chicos, chicos, ya es suficiente. Portaos bien. La hora de estudio debe transcurrir en silencio, ya lo sabéis. Ve a tu sitio, Eu. Déjate de bromitas y a trabajar.

Déjate de bromitas. Esto dijo el profesor. Nada más.

Déjate de bromitas y basta.

No me miró ni hizo el intento de acompañarme con algún gesto de complicidad ni tampoco se dio cuenta (o sí) cuando, de camino hacia su lugar, Eu dejó la lechuga encima de mi pupitre y me guiñó un ojo. Ni de que continuó avanzando hacia el final del aula con porte triunfal, donde Mo lo esperaba como si acabara de ganar una carrera mientras yo me sentía inmóvil, plantada en mi pupitre como si la hubiera perdido y hubiera llegado arrastrándome sedienta al final de la meta cuando ya no quedaba nadie.

Y pasados unos segundos, finalmente reaccioné, levanté la mano y pregunté con voz temblorosa:

—Perdón, ¿puedo ir al baño?

—¡Aguántate, Tú! ¡No entiendo cómo sacas tan buenas notas! ¿Es que no puedes concentrarte y estudiar durante una hora seguida sin tener que hacerte notar delante de tus compañeros? ¿Alguien más ha pedido permiso para ir al baño?

Y me miró como si esperara una respuesta. Pero yo no dije nada.

—¿Eh? ¿Alguien más? No, ¿verdad que no?

Yo estaba forzando todos los huesos de mi cuerpo para no llorar.

—¡Pues ya está! Aguántate y trata de ser un poco como los demás. No te hará ningún daño. Quizás

incluso consigas hacer algún amigo en nuestra escuela.

Nuestra escuela: eso dijo.

Y yo aparté la lechuga de encima de mis libretas e hice como si continuara trabajando. Sola. Sin entender qué hacía allá ni quién era toda aquella gente tan déspota, tan diferente. Tan extraña.

Me llamaba Tú, tenía 14 años y estaba a más de cien kilómetros de casa.